

IMPOSTURAS PARISINAS¹

Una de las paradójicas consecuencias del final de la Guerra Fría en la pacífica implosión del «socialismo real» fue la extendida restauración de la confianza en la validez ideológica original del mundo libre. El «totalitarismo» se convirtió de facto en el patrón oro de las valoraciones acerca de la experiencia comunista. Como cabía esperar, el término se tornó dominante en la Europa del Este y en los países de la antigua Unión Soviética, donde nada menos que una figura como Mijaíl Gorbachov (el que un día fuera secretario general del PCUS y posteriormente repartidor de pizzas para Pizza Hut) ha recurrido a él. Si volvemos la vista hacia Occidente, tanto este término como sus análogos (por ejemplo, «ideocracia») proporcionaron la llave maestra de intervenciones tan notables como *The Soviet Tragedy* (1994) de Martin Malia, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX^e siècle* (1995) de François Furet, o *Le livre noir du communisme* (1997), escrito por Stéphane Courtois *et al.*

Tal como fue observado con aprobación en su imponente libro titulado *Histoire culturelle de la France*, publicado poco después, los esfuerzos de Furet y de sus colegas sellaron un consenso parisino que de hecho se había fraguado dos décadas antes. Desde la posición de ventaja que otorga el transcurso del tiempo, la historia intelectual francesa posterior a la Liberación podría ahora sintetizarse como sigue. Erigida sobre sus propios mitos revolucionarios nacionales de 1789, intimidada por el prestigio de la Rusia de Stalin y de su brazo local, y hechizada por las pretensiones del marxismo-leninismo, la mayor parte de los intelectuales había cerrado los ojos a la realidad del comunismo. Las declaraciones antiestalinistas y las revoluciones de 1956 no habían conseguido despertarles de su aletargamiento «filotiránico» (expresión acuñada por Mark Lilla), y únicamente sirvieron para abrir una búsqueda de formas alternativas—absolutamente ilusorias— de marxismo y socialismo. Si Mayo del 68 había desacreditado el acuerdo entre los gaullistas y los comunistas, también había alentado las tentaciones totalitarias abrigadas por la China de Mao o por otras varieda-

¹ Michael SCOTT CHRISTOFFERSON, *French Intellectuals Against the Left. The Antitotalitarian Moment of the 1970s*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2004.

des de tercermundismo. Y, lo que es peor, había puesto la primera piedra para la creación de la Unión de la Izquierda, ideológicamente dominada por el Partido Comunista Francés (PCF), cuyo Programa Común encarnaba un «social estatismo» viable, todavía no ensayado, que aspiraba a instaurar una versión del régimen de Honecker en Francia.

Esta posición se ve alterada en junio de 1974, cuando se publica en París el libro de Aleksandr Solzhenitsyn titulado *Archipiélago Gulag: 1918-1956, ensayo de una investigación literaria*². Incapaz de ignorar esta fuente fidedigna, una especie de síntesis de Dreyfus y Dostoyevsky, los intelectuales no comunistas experimentaron una conversión damasquina. Se sacudieron su letargo, y quedaron expuestos no sólo a la verdadera enormidad del «socialismo real», sino también a la comprensión de que la manzana ya estaba podrida. Ni Stalin ni Lenin, sino Marx –y, en una deriva retrospectiva, Hegel y Rousseau (posiblemente Platón)– era el padre del *univers concentrationnaire*. En contra de lo sostenido por Sartre, Aron, Camus y Castoriadis, siempre habían estado en lo cierto. En consecuencia, había llegado la hora de abrazar el siglo angloestadounidense. Una década más tarde, el marxismo era marginado, el PCF neutralizado, y el gobierno socialista se había rehabilitado de su locura *dirigiste*. Los relojes de Francia, podría observar Aron no sin cierta satisfacción en sus *Mémoires* escritas en 1983, ya no marcaban una hora diferente, sino que habían emprendido su sincronización con el sistema horario occidental. Tan sólo cinco años después, *Le Débat* dedicaba un número especial a las ideas que atravesaron Francia entre 1953 y 1987, que podía leerse como un auténtico Congreso de los Victoriosos intelectual, en formato periódico.

No había parodia ni nadie pretendía que la hubiera. La interpretación general de los *trente honteuses* [los treinta años vergonzosos]³ de la *intelligentsia* francesa entre 1944 y 1974, ofrecida por autoridades de la talla de Jean-Pierre Roux o Michael Winock, por no mencionar a los inquisidores angloamericanos de las herejías galas, como Tony Judt y Mark Lilla, es justamente una fábula moral disfrazada de historia intelectual apenas disimulada. El afilado y erudito libro de Michael Scott Christofferson que lleva por título *French Intellectuals Against the Left* realiza una refutación sistemática de la misma en su pretendido carácter descriptivo y valorativo, centrándose en el «momento antiautoritario» de la década de 1970, tanto en su significado como en su coyuntura histórica. En este sentido, el libro es un éxito prácticamente rotundo.

El primer paso de Christofferson consiste en situar este fenómeno en el marco de una perspectiva histórica y geográfica. En un ejercicio de «des-

² Aleksandr SOLZHENITSYN, *The Gulag Archipelago: 1918-1956. An Experiment In Literary Investigation*, Londres, The Harvill Press, 2003 [ed. cast.: *Archipiélago Gulag: 1918-1956, ensayo de una investigación literaria*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1998].

³ Perífrasis inspirada en la expresión los *trente glorieuses* (1947-1973), acuñada por el economista francés Jean Fourastié para describir el excepcional periodo de crecimiento económico de posguerra. [*N. de la T.*]

naturalización» del concepto de totalitarismo, procede a esbozar brevemente su historia partiendo de sus orígenes en la adscripción voluntaria al mismo por parte de la Italia de Mussolini y en su extensión prebélica a la Alemania de Hitler y a la Rusia de Stalin, para terminar con su consolidación durante la Guerra Fría con el objeto de ser identificado con el comunismo y de hacerlo equivalente al nazismo en tanto que resultado inevitable de toda tentativa de «hacer que la historia se amolde a una ideología utópica». A pesar de la publicación en aquellos momentos de *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* de Friedrich y Brzezinski, la desestalinización de Jruschov fue cuestionada aduciendo la validez del concepto (al igual que la liberalización alentada por Gorbachov problematizaría la reedición del mismo durante la Segunda Guerra Fría), lo que provocó ajustes *ad hoc* que carecían de solidez para el «revisionismo» que se hizo prominente desde finales de la década de 1950. Apartándose de la defensa realizada por algunos historiadores de la Unión Soviética, como Moshe Lewin, Christofferson rechaza acertadamente el concepto, apoyándose sobre dos pilares fundamentales: «En primer lugar, no es válido para interpretar las relaciones entre el partido del Estado y la sociedad en los regímenes supuestamente totalitarios. En segundo lugar, [...] [su] comparación explícita entre el régimen soviético y el régimen nazi enfatiza su mismidad esencial, cuando, de hecho, las diferencias entre ambos superan sus similitudes».

En Francia, donde *L'ère des tyrannies* (1936) había anunciado el uso del concepto durante la Guerra Fría, la cauta apuesta por el mismo de Aron a lo largo de la década de 1950 produjo un tímido retorno más allá de las filas de la versión local del Congreso por la Libertad Cultural. En la década de 1970, y prestando oídos sordos a las polémicas anteriores, los intelectuales franceses recurrieron en masa al concepto para referirse a la URSS en particular y a la política revolucionaria en general en una época en la que gran parte de sus homólogos europeos ya lo había abandonado. ¿Por qué se produce esta diferencia? La cuidadosa comparación realizada por Christofferson entre los casos de Estados Unidos, Alemania Occidental, Italia y Francia indica que la clave de los diversos avatares del concepto descansa en la relación de equilibrio concreta alcanzada entre determinantes externos e internos. Al otro lado del Canal, será el contexto nacional –y no la situación internacional– el que explique sus vicisitudes, que

en gran medida giraron en torno a la relación entre los intelectuales de izquierda y el PCF. A diferencia del Partido Comunista Italiano (PCI), el PCF fue incapaz de marcar su distancia respecto a la Unión Soviética o de proseguir una política moderada que podría haberle amparado frente a la acusación de totalitarismo. Y si bien tanto en Alemania occidental como en Estados Unidos la política de la «Nueva Izquierda» socavó la legitimidad del concepto de totalitarismo, en Francia preparó el terreno para el antitotalitarismo, al colocar a los intelectuales de izquierda contra el PCF después de 1956.

Sin embargo, el elemento catalizador reside en la creación en 1972 de la Unión de la Izquierda; esto es, los socialistas franceses y del PCF unidos, y

elegibles, apoyados en un programa intervencionista radical. La anterior repulsa generalizada ante los informes sobre el estalinismo conocidos desde la década de 1950 se fusionó con la descomposición del *gauchisme* [izquierdismo] en la de 1970, lo que destapó la crítica a la Unión de la Izquierda expresada en términos de totalitarismo. De este modo, las corrientes minoritarias del liberalismo de la Guerra Fría (*Preuves*) y el marxismo antisoviético (*Socialisme ou Barbarie*) confluyeron en un mismo torrente en el momento en que el discurso antitotalitario pasó de la derecha a la izquierda (o a lo que pasaba por serlo):

La crítica del totalitarismo no reflejaba, ni en su radicalismo ni en sus temáticas, una completa transformación de la política intelectual atribuible a la conmoción provocada por la aparición de *Archipiélago Gullag*, de Aleksandr Solzhenitsyn, o por el declive de las utopías revolucionarias en el Tercer Mundo, sino, por el contrario, la profundidad del abismo que separaba la política intelectual, marcada por un difuso *gauchisme* postsesentayochista sumido en la confusión, y la de los partidos de izquierda, que avanzaban aceleradamente hacia el poder político.

Una vez establecida esta tesis, Christofferson procede a su corroboración a través de un análisis sumamente meticuloso de aquella década. El capítulo I cartografía el progresivo desencanto intelectual con el PCF durante la década de 1950 a raíz del intento del partido de negar la existencia de los campos soviéticos sacados a la luz en los escándalos de Kravchenko y Rousset; de su desentendimiento del «discurso secreto» de Jruschov; de su apoyo a la represión en Hungría; de su dilatada abdicación en la cuestión de Argelia; y, por último, de demostrarse impotente ante el regreso de De Gaulle. El marxismo revisionista, cuestionando la centralidad política de la clase obrera y anteponiendo las cuestiones antiburocráticas de la democracia directa y de la autogestión de los trabajadores, ganó una considerable aceptación intelectual en aquellos años, que le permitió ocultar su insignificancia organizativa. Tras la depresión de mediados de la década de 1960, la divina sorpresa de Mayo del 68 le otorgó un nuevo impulso, en tanto que parecía la confirmación de que a pesar de todo en los países capitalistas avanzados la revolución estaba en la agenda; al mismo tiempo, no dejaba de acentuarse su hostilidad hacia el PCF, supuestamente cómplice de De Gaulle en el intento de abortar ese horizonte revolucionario, y hacia la Unión Soviética, que pocos meses más tarde había reprimido la Primavera de Praga. Paradójicamente, después de los acontecimientos de Mayo del 68, el revisionismo asumió la mitad de las veces la apariencia de un «antirrevisionismo»; este hecho se puso especialmente de manifiesto en el grupo maoísta Gauche Proletarienne, que llegó a contar con la colaboración de Sartre o de Foucault, caracterizado por el voluntarismo, el moralismo y el populismo antileninista, así como por una absoluta ausencia de realismo, ya que alucinaba con una inminente guerra civil en la que la «nueva resistencia» se mediría con el «nuevo fascismo» y sus *collabos* comunistas, internos y extranjeros.

En 1974, esta especie de ultraizquierdismo, enfrentado a la disyuntiva de optar o bien por emular a la Facción del Ejército Rojo o bien por una eu-

tanasia autoadministrada, había optado por lo segundo, dejando como legado un acusado anticomunismo que veía en el Imperio soviético y en sus satélites la encarnación del mismo demonio. Si bien se trataba de una obra literaria, *Archipiélago Gulag*—objeto de análisis en el capítulo II— tuvo efectos considerablemente reales en un contexto en el que el modelo soviético del socialismo había sido rechazado por la mayoría de los intelectuales franceses hacía bastante tiempo. La potencia del libro, intensificada por la inclemente ferocidad de las acusaciones vertidas contra su autor por parte del PCF, reside en su servicialidad: «En los debates ideológicos de finales de la década de 1970, el *gulag* no fue tanto una revelación como una metáfora, la única palabra que podía representar y legitimar un emergente repudio radical del comunismo y de la política revolucionaria». Esto ayuda a explicar por qué las principales respuestas suscitadas por la obra de Solzhenitsyn —el libro de André Glucksmann titulado *La cuisinière et le mangeur d'hommes. Réflexions sur l'état, le marxisme et les camps de concentration*, o *Un homme en trop. Essai sur l'archipel du goulag de Soljénitsyne*, de Claude Lefort, ambos de 1975— ofrecían no tanto análisis del mismo, como proyecciones de las propias filosofías políticas de sus autores, elevando a Solzhenitsyn al papel de «Casandra para la Unión de la Izquierda».

Al calor de estas aportaciones, cristalizó un «frente antiautoritario», al que se sumaron (a pesar de su mutua capciosidad y suspicacia) *Esprit*, *Libre*, *Faire* y *Le Nouvel Observateur*, que en los últimos días de la campaña electoral para las elecciones de marzo de 1978 radicalizó y amplificó las críticas existentes contra el PCF en su contienda con el Partido Socialista Francés (PSF). Tal como Christofferson documenta en su tercer capítulo, centrado en la Unión de la Izquierda y la relación del PCF con la Revolución portuguesa, *Esprit* desempeñó un papel crucial como guía de este frente a partir de 1975, colocando en primer término la crítica al totalitarismo. Después de que Paul Thibaud hubiera sustituido a Jean-Marie Domenach como su director en enero de 1977, cada número abría con un manifiesto en la portada contra el mismo.

La divulgación y la promoción del antitotalitarismo alcanzaron su punto álgido ese mismo año. Las protestas de la izquierda en torno al tratamiento que recibían los disidentes soviéticos —en el capítulo IV Christofferson desmiente la idea de que no existieron con anterioridad a la década de 1970— se transformaron en la adopción de «la disidencia y de la política de los derechos humanos como modelo de la política intelectual francesa». Por supuesto, en ese punto las afinadas aportaciones de la «nueva filosofía» —especialmente *Les maîtres penseurs* de Glucksmann (dedicado a Vladimir Bukovsky) y *La barbarie à visage humain*, de Bernard-Henri Lévy, ambas de 1977— fueron decisivas. Personificada en Lévy, un *con à tout faire* que siempre (al igual que el Theobald Pontifex que aparece en *The Way of All Flesh* de Samuel Butler) estaba «pendiente de las contradicciones para poder pillarlas y utilizarlas a la sazón», se ganó la aprobación de figuras tan destacadas como Foucault y Jean-François Revel, el anatomista de *La tentation totalitaire* (1976). A pesar del abismo que mediaba entre su apetito

ideológico y su digestión analítica, el libro proporcionó (como Christofferson argumenta en el capítulo V) meditaciones tremendamente oportunas, contra las que sus detractores –Deleuze o Rancière, Poulantzas o Ellenstein, Mauriac o Lecourt– se mostraron impotentes.

La obra de Lefort, con su oposición a la «democracia» y al «totalitarismo», a la «sociedad civil» y al «Estado», se reveló de mayor peso intelectual y de una relevancia más duradera que aquel radicalismo ilusorio. Además de su influencia en la «segunda izquierda» asociada a la facción de Michel Rocard en el Partido Socialista, ayudó a engranar la distinción entre culturas políticas *autogestionnaire* y *social-étatique* en el seno de la izquierda, en una especie de reedición de la clásica oposición girondinos *versus* jacobinos. Al igual que Castoriadis, Lefort obtuvo un puesto en la École des Hautes Études en Ciencias Sociales (EHESS), como hicieron sus estudiantes Marcel Gauchet y Pierre Rosanvallon. Su elección, junto con la de Jacques Julliard, había contado con el firme apoyo de François Furet, director de la institución entre 1977 y 1985.

El último y fascinante capítulo del libro de Christofferson –posiblemente el mejor de toda la obra– se centra en esta destacada figura, núcleo de numerosos intercambios entre el mundo académico (EHESS), el editorial (Gallimard) y el de los medios de comunicación (*Le Nouvel Observateur*). El papel estelar de Furet en la derrota de la izquierda intelectual posbélica consistió en invertir los signos de la canónica conexión entre 1789 y 1917 realizada por la historiografía republicano-*marxisant* (los bolcheviques como herederos de los virtuosos jacobinos). *Penser la Révolution française* (1978) perfilaba «una historia de la Revolución francesa que era la historia de la ilusión de la política revolucionaria» y, de este modo, extendía el «efecto bumerán» del *gulag* al propio 14 de julio. Solzhenitsyn, sentenció Furet, había desvelado una «identidad» en los proyectos totalitarios de los jacobinos y de los bolcheviques que incriminaba a los primeros como precursores de los segundos, ya que «la Revolución de Furet –formulada en el momento fundador de una cultura protototalitaria– se convirtió, tanto para sus contemporáneos como para los historiadores posteriores, en el origen, el fundamento y la explicación de los avatares políticos de posguerra de los intelectuales con el comunismo y con la política revolucionaria». Asimismo, sin prestar atención a la acusación de anacronismo, Furet no tuvo escrúpulos a la hora de invertir el propio maniqueísmo que censuró en la empresa revolucionaria, reduciendo la política a la moralidad, o a la lucha entre el bien y el mal.

Su maniobra tampoco se vio obstaculizada por el hecho de que él mismo hubiera sido un estalinista férreo en el punto álgido de la Guerra Fría. La pertenencia al PCF podía disculparse bien como un paréntesis adolescente o patológico de su vida, bien como un recurso desesperado para encontrar una fuente superior de sabiduría. Sin embargo, el hecho de que estuviera ansioso por acreditar sus credenciales antitotalitarias se atestigua por las contradicciones detalladas por Christofferson. Especialmente rele-

vante es la relativa a la fecha de su ruptura con el partido. El propio Furet citó 1954 y 1956 en diferentes ocasiones; y, si prestamos atención a otras fuentes, su separación definitiva no se produjo hasta 1958. (¿Podría un cierto regreso de lo reprimido explicar el sorprendente lapsus de Furet, en su contribución en 1956 al número especial de *Le Débat* dedicado a la historia intelectual de posguerra, en la que, obviamente en referencia a la experiencia *hongroise* [húngara], escribe acerca de *l'écrasement de l'insurrection bourgeoise* [el aplastamiento de la insurrección burguesa] por parte de los tanques rusos?) Igualmente incoherente resultaba su tendencia a pasar de puntillas por la cuestión de su implicación en los grupos comunistas de la oposición a finales de la década de 1950, así como del Partido Socialista Unificado (PSU) desde 1960, antes de gravitar hacia el centro durante la segunda mitad de la década de 1960. En todo caso, la campaña lanzada desde el Institut Raymond Aron, dirigido por Furet a partir de 1985, hegemonizó la celebración del bicentenario de la Revolución francesa, momento en el que el primer ministro Michel Rocard emitió el veredicto oficial al respecto.

La fundación del comité «Un Barco para Vietnam» en noviembre de 1978 y la posterior imagen de Sartre y Aron reconciliados a las puertas del palacio del Elíseo gracias a la cortesía de Glucksmann simbolizaron «el consenso venidero de los intelectuales franceses no comunistas que anidaba tras el humanismo antiautoritario de finales de la década de 1970». En lo sucesivo, el discurso polivalente de los derechos humanos –extraordinariamente endeble– se llevaría por delante muchas cosas, aunque no todas. Al igual que con la crítica del totalitarismo, que en una ocasión Régis Debray llamó «drouadlom» (una especie de fórmula en esperanto para referirse a los *droits de l'homme*), también tenía la conveniente función de validar a la *intelligentsia* amenazada por la renuncia a la revolución, al adoptar una pose universalista. El provincianismo y la autorreferencialidad –características subrayadas por Christofferson– no se contaban, por desgracia, entre las bajas del momento antiautoritario.

El propio balance de Christofferson sobre el episodio y sus secuelas es quizá equivocadamente breve, así como insuficientemente negativo, y podemos achacarle no haber ayudado lo suficiente a profundizar en el conocimiento del fenómeno político vilipendiado como «totalitario» y haber pasado por alto la represión desplegada en los regímenes clientes de Occidente (principalmente en América Latina). Pero su conclusión es sólida: «En definitiva, el antitotalitarismo francés disfrutó y sufrió al mismo tiempo tanto la exposición del concepto de totalitarismo a la instrumentalización política como la tendencia de los intelectuales franceses a universalizar e ideologizar los debates políticos domésticos».

French Intellectuals Against the Left es un libro excepcionalmente fino, que en este sentido sólo podía haber sido escrito por un autor afortunadamente libre, independientemente de los motivos, de las fobias y de las filias en torno a la vida intelectual francesa presentes en las generaciones

precedentes. Las diversas críticas que se le puedan plantear –esto es, en orden ascendente: no citar algunas de las fuentes primarias en la traducción inglesa; un conocimiento impreciso del maóismo francés; y la aceptación de la historia tal como ha sido transmitida por el PCF (el origen de todos los males, para los afortunados que no han conocido ningún otro)–son otras tantas sutilezas cuando se sopesan con sus méritos. Ante todo, demuestra que antes de la división entre un liberalismo de corte estadounidense y el republicanismo de origen francés patente desde mediados de la década de 1990, el frente antitotalitario ha preparado el terreno para *la pensée unique* y había convertido a gran parte de la *intelligentsia* francesa al globalismo. *L'imposture totalitaire a éclaté*, informó *Esprit* a sus lectores en 1976; la decepción totalitaria ha sido, por decirlo de algún modo, descubierta. Treinta años después, la propia moral establece: *Une imposture peut en cacher une autre* [una impostura puede ocultar otra].